



LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTIFICA.

(CONTINUACION DEL ECO DE LA VETERINARIA.)

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y ULTIMO DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Lo mismo en Madrid que en provincias: 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. En ultramar, 60 rs. al año. En el extranjero 18 francos, tambien por un año. Solo se admiten sellos del franqueo de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administracion no responde de los extravíos, abonando siempre en la proporcion siguiente: 9 sellos por cada 4 rs.; 13 sellos por cada 6 rs.; 22 sellos por cada 10 rs.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION.—En Madrid en la Redaccion, calle de la Pasion, números 1 y 3, tercero derecha. En provincias por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redaccion, en carta franca, libranzas sobre Correos ó el número de sellos correspondientes.

ACTOS OFICIALES.

...El génio monopolizador de nuestros anteriores gobiernos habia llevado su aliento y, hasta el campo de la terapéutica, escudándose con la falsa doctrina de una proteccion oficial contra las invasiones del charlatanismo, dictó reglas prohibitivas en la venta y propagacion de una multitud de fórmulas medicamentosas, entre las cuales quedaron necesariamente incluidas no pocas de eficacia y utilidad acreditadas. La Academia ex-real de medicina fué investida del sagrado privilegio, odio-so como todos ellos, de poner trabas á la actividad del individuo, que trabaja siempre, ó casi siempre, por la recompensa que espera; y como que era imposible conceder el pase á ningun medicamento sin que la privilegiada corporacion científica conociera previamente su fórmula y emitiera además (lo cual no debe suponerse) un favorable informe, claro está que la *prohibicion condicional* se trasformaba en *prohibicion absoluta*. Esto, sin embargo, no impedia en manera alguna la introduccion, la venta, el uso y el abuso de remedios secretos: los particulares vendian más caro su vedado género; el público buscaba con mayor ansia y más fé medicinas que, aunque fueran ridiculas, se ofrecian á su noticia así como santificadas por el martirio de la persecucion oficial; y mientras algunos farmacéuticos *afortunados* han estado haciendo su ne-

gocio, ciertas preparaciones medicinales de accion provechosa bien justificada en la práctica no podian ser empleadas en el tratamiento de varias enfermedades.

Situacion tan preñada de absurdos era insostenible; y desde el momento en que nuestras Juntas revolucionarias hicieron proclamacion solemne de las derechos individuales, licito era entregarse á la esperanza de que iban á desaparecer, por lo menos, aquellas fealdades del proteccionismo que son más culminantes. Ya no se daria el espectáculo de hallarse prohibida la introduccion en España de un medicamento recomendado como *muy bueno* en una obra declarada como *texto oficial*; ya se veria respetada la propiedad del talento en la elaboracion y expencion de un producto, de un trabajo que le pertenece, hágase ó no públicos el procedimiento y los medios de que haya podido valerse para realizarlo...! Mas... inútil tarea la que consagráramos á pintar estos sueños de una libertad medianamente entendida! La supremacia aristocrática de la Academia ex-real de Medicina seguirá como hasta aquí ejerciendo el monopolio (por supuesto en bien de la humanidad doliente y en nombre de la libertad, por añadidura) de dictar su soberano fallo en todo lo que se refiere á medicamentos secretos.—Véase, si no, cómo ha sabido fijar y resolver esta cuestion importantísima el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion:



«Ministerio de la Gobernacion.

DECRETO.

Los Farmacéuticos de esta villa acudieron á este Ministerio haciendo presente los perjuicios que se seguian al país, á la salud pública y á los intereses de un ramo de comercio muy atendible con la absoluta prohibicion de introducir en España gran número de productos farmacéuticos galénicos del extranjero, medicamentos de utilidad reconocida los unos, y todos ó más recomendados por la ciencia en otros países; y buscados con ansiedad en el nuestro por no pocos enfermos: que con tal prohibicion se daba pábulo al contrabando en perjuicio del Estado y de los dolientes mismos; y que tales prohibiciones, fundadas en una inteligencia errónea ó en interpretacion estrecha ó torcida del art. 84 de la ley orgánica de Sanidad, merecian ser levantadas en bien de la salud pública y delegítimos y muy respetables intereses comerciales. Habida consideracion á tan poderosas razones; atendida la de que, al prohibir la venta de todo remedio secreto, el artículo 84 de aquella ley está muy lejos de prohibir la de medicamentos y productos farmacéuticos que se anunciaban al público con mas ó menos elogios, no sólo por el comercio, sino por la ciencia:

Considerando que esta puede y debe analizar y contrastar prudentemente la utilidad ó por lo ménos la inocencia de todo medicamento:

Considerando, además, que el espíritu de aquella disposicion fué el de poner un dique á la impremeditacion, á la codicia y al charlatanismo á fin de que no se abusara por medio de la humanidad doliente, y teniendo en cuenta quesólo á la sombra de un temor pueril ó al influjo de un sistema de cautelosas y absurdas prohibiciones han podido dictarse las contenidas en las reales órdenes de 5 de Febrero y 28 de Diciembre de 1861, 30 de Marzo de 1865, 25 de Enero y 15 de Febrero de 1866 y 28 de Mayo de 1867:

De conformidad con lo propuesto por la Direccion general del ramo, y de lo informado por la Junta superior consultiva de Sanidad, el Poder Ejecutivo ha tenido por conveniente disponer:

1.º Para los efectos del art. 84 (1) de la ley de Sanidad de 28 de Noviembre de 1855, se entenderá por remedio secreto tan sólo aquel cuya composicion no fuese posible descubrir, ó cuya fórmula no hubiere sido publicada.

2.º Quedan derogadas todas las disposiciones que tiendan á impedir la introduccion en España de los productos galénicos extranjeros de composicion conocida.

Y 3.º Por el Ministerio de Hacienda, á quien se dará traslado de estas disposiciones, se determinarán, si

(1) Este artículo dice terminantemente: «Se prohíbe la venta de todo remedio secreto.»

ya no estuviesen, los derechos que habrán de satisfacer estos productos á su entrada en España, pasándose las órdenes correspondientes á los Administradores de las Aduanas habilitadas.

Madrid doce de Abril de mil ochocientos sesenta y nueve.—El Ministro de la Gobernacion, *Práxedes Mateo Sagasta.*

Por manera que la gran resolucion tomada á este propósito por el señor Ministro se reduce á definirnos *qué debe entenderse por medicamento secreto*: definicion en la cual todos estábamos conformes desde que por primera vez se convino en determinar la significacion de la palabra «secreto». Y todo esto se ha hecho en desagravio de la libertad oprimida, en bien del comercio y aún de la salud, consideracion habida de lo vicioso que era el sistema de cautelosas prohibiciones, y puesto que á la ciencia (pero á la ciencia práctica) toca decidir sobre la inutilidad ó verdadero mérito de los remedios secretos....! Pues eso mismo es, precisamente, lo que consignaba y consigna la ley de sanidad. La prohibicion subsiste inalterada. ¿Qué es lo que permite, qué es lo que tolera, como cosa nueva, la precedente orden del señor Ministro?—El líquido igneo de Cabaret, el jabon sulfuroso de Monhard, el bálsamo de Acevedo, un *aceite* que conocemos *muy eficaz* para combatir las afecciones cutáneas, y otras varias composiciones de que tenemos noticia (y experiencia) satisfactoria son medicamentos secretos que, ó no pueden ser importados en España, si son extranjeros, ó son objeto de una aplicacion sumamente limitada, si son nacionales. Dichos medicamentos han tomado ya, *en nuestra ciencia positiva*, carta de naturaleza; su fórmula es desconocida más ó menos completamente, á pesar de los esfuerzos hechos para averiguarla; son muy útiles, y, no obstante, su uso queda prohibido ahora lo mismo que antes....

Indudablemente, los farmacéuticos que han acudido al señor Ministro tenían razon en las consideraciones presentadas por ellos. Mas el señor Ministro, anunciando en su preámbulo el respeto que le inspiran los derechos alegados, no concede nada, absolutamente nada, de los que se deseaba obtener....

Pero seamos justos. Si la reciente orden de

Sr. Ministro de la Gobernación nada significa, toda vez que se limita á dar una definición, *superflua* por demás, de lo que es un medicamento secreto; en cambio se vé en ella la intención de derogar prohibiciones; y esta circunstancia nos hace presumir dos cosas: 1.^a que el señor Ministro cree de buena fé haber salvado alguna dificultad; y que desconoce cuán inútil é innecesaria es la resolución adoptada; 2.^a que *alguien* ha informado al señor Ministro, sin tomar siquiera la molestia de advertirle sobre el desairadísimo papel que una orden semejante está llamada á desempeñar en legislación sanitaria.

Aparte de esto, la bienaventurada orden á que aludimos se presta admirablemente á la autorización en grande escala de muchísimos abusos. No hay más que decir que *del examen analítico (cualitativo y cuantitativo) á que se sometió el medicamento ha resultado ser su fórmula* H Ó R; aunque no sea verdad, y ya tenemos autorizado el comercio y el empleo de lo que era un remedio secreto. — Sin embargo, esto puede ser muy grave en ocasiones: dar lugar á suplantaciones; frustrar la ciencia del profesor; causar perjuicios de notable entidad en la salud; desacreditar un medicamento tenido por bueno; por excelente acaso, y llevar la perturbación de la farsa al dominio augusto de la terapéutica racional.

L. F. G.

PROFESIONAL

El enemigo común

Cuando en el seno de las sociedades se nota fermentar la mala fé de unos individuos hacia otros, de unas clases hacia las demás, á poco que investiguemos el origen de este funesto síntoma, no podrá menos de hallarse que la levadura de la corrupción está representada por el egoísmo de gentes que así medran. De aquí nace una lucha obligada, forzosa, del oprimido contra el opresor, que ha de terminar indudablemente, más tarde ó más temprano, por el restablecimiento del equilibrio entre los deberes y derechos respectivos; por el respeto mú-

tuó, basado, no precisamente en la benevolencia ni el amor al prójimo (que esto da lugar á infinitos abusos), sino en el convencimiento íntimo y profundamente arraigado de que *nadie tiene derecho á que le respeten si el no respeta á los demás*. Así, en último análisis, siempre encontraremos que la civilización más perfecta es aquella en que más cabal y perfecto es el conocimiento del deber y del derecho; siendo vano pretender que ninguna legislación pueda fundarse exclusivamente en la bondad del corazón humano, ni en virtudes abstractas (de las cuales jamás brota un resultado general beneficioso), ni, mucho menos aún, en amenazas y castigos morales. En Sociedad como en todas partes, como en la vida universal del mundo, no hay, ni puede haber otra cosa que una eterna lucha entre elementos, cuerpos, individuos, clases, naciones, etc., siempre que una existencia cualquiera necesita, para su complemento, libertad de acción, comodidades, gloria ó poderío, apropiarse alguna parte de otra existencia extraña. La *afinidad* que se advierte entre dos elementos químicos de electricidad contraria, nos indica ya bien claramente cuál es la perpétua ley del universo, sin que, ni en el llamado orden moral, ni el orden físico, haya un solo ser ni un solo acto que deje de estar incluido en la condición fatal. La lucha es, pues, eterna, según hemos dicho, como imposible es de todo punto el equilibrio definitivo, la neutralización, la paz, refiérase á lo que quiera.

Mas si la lucha es ley suprema ineludible, si la vida es un incesante combate, menester será que vivamos alerta; que demos frente al adversario y que sepamos todos esgrimir nuestras armas naturales. Y quién es, quién puede ser este adversario contra el cual hay que prevenirse para no ser aniquilado por el ímpetu de su invasión? Un polo supone otro: el del Norte al del Sud, el negativo al positivo; los reinos de la naturaleza viven cada uno á expensas de los otros; cada especie animal tiene su enemigo implacable. Toda clase social está condenada á vivir en continua alarma por las asechanzas de las otras clases; y esta alarma y estas asechanzas duran, no pueden menos de durar

y es justo que duren siempre, si ha de haber estímulo, si ha de haber iniciativa, si ha de haber libertad, si ha de haber progreso.

De consiguiente, aceptemos la lucha, y aceptémosla con abnegación y aún con placer, si es que no estamos ya muertos, perdidos definitivamente, en este mar revuelto de aspiraciones encontradas, de intereses opuestos; porque sólo así es cómo lograremos llegar á un equilibrio de tendencias y fuerzas, que debiendo al fin neutralizarse, son hoy repulsivas á causa de su desconocimiento recíproco.

Pero ¿dónde está ese enemigo á cuya inutilización necesitamos aprestarnos?... A interrogación tan concreta no conviene todavía responder de una manera categórica; porque ese enemigo está en muchas partes, reviste formas muy diversas y, sobre todo, ofrece muy desigual importancia según el caso en que se le considere. En una palabra: hay un enemigo común de las clases médicas, y además hay otros particulares para cada una de ellas.—Por hoy, y mientras la cuestión no adquiera proporciones de mayor gravedad, hablaremos solamente del primero.

El enemigo común de las clases médicas consiste en ese egoísmo insensato, en ese apego sórdido al dinero, que la generalidad de los pueblos... grado tan alto cuando se trata de recompensar el trabajo desplegado en obsequio suyo. En su desmedida avaricia, defraudan cuanto pueden los intereses del profesor; en su condición mezquina y guiados por un espíritu de soberbia caciquil, todo les parece poco para ellos, extremadamente holgado para los demás, y sin piedad ni decoro eluden los compromisos contraídos con él, importándoles un bledo la desgracia ajena, con tal de ahorrar un céntimo de gasto; por último, en su ignorancia crasa, jamás les ocurrió que no hay acción sin reacción, que quien daña á otro se perjudica á sí propio, que no se atenta impunemente á los derechos del prójimo, ó lo que es lo mismo, que su torpe é insidiosa conducta, rebajando al profesor y debilitando sus recursos, convierte á la ciencia

en rutina y la esteriliza más ó menos completamente en menoscabo de los intereses á que esa ciencia vive consagrada. A los médicos, los dejan burlados en sus contratos cuando menos fuera de esperar; y en cuantas ocasiones ven propicias, tratan de ensanchar el círculo de los trabajos y de estrechar el de las reenumeraciones; esto, á pesar de que los médicos han casi logrado entenderse, conspirando todos al gran fin de matar la concurrencia en su clase para que la demanda de prestación de servicios deje el carácter de imponer condiciones como la de rasurar la barba, y se cambie en súplica fingidamente amorosa. A los farmacéuticos, los van acosando sin compasión con esas dotaciones menguadas que suelen asignarles los municipios, y con el vergonzante abuso de pedirles mucho ó de comprarles muy poco, según sean las cláusulas del convenio. Finalmente: á los veterinarios y albéitares,... los tienen sitiados por hambre: formando estos profesores la clase médica relativamente más numerosa, tanto abunda el género cuanto barato se paga; y como que la miseria cunde en sus filas, ni es posible la moral, ni tampoco son posibles la vida práctica y el cultivo de la ciencia sin desplegar constantemente un singular heroísmo.

Y bien! Ganan en esto los pueblos? ganan los caciques. Si supieran ellos cuán importante es que el médico arraigue su fortuna en una localidad determinada, creándose allí afecciones de amistad y parentesco, estudiando y conociendo la climatología del país, las costumbres, predisposiciones, constitución, temperamento, etc., de cada uno de sus habitantes, las enfermedades ó disposiciones hereditarias, el carácter que suelen revestir los padecimientos; si los pueblos fueran capaces de apreciar lo trascendental que es en Medicina la posesión de esos y otros datos análogos, muchas víctimas se ahorrarían, como así lo indica, si bien exageradamente, aquel dicho vulgar de «*médico nuevo, otro solar al cementerio.*»—Si comprendieran los pueblos hasta qué punto es criminal y arriesgado el poner á un farmacéutico en la alternativa cruel de labrar su propia ruina ó vender al público medicamentos baratos, es

decir, adulterados ó impuros; y si comprendieran al mismo tiempo que el medicamento mejor indicado, si no es completamente como debe ser y si no está elaborado con toda la perfeccion necesaria, puede convertirse en un veneno ó hacer perder un tiempo decisivo para el éxito de un tratamiento; si llegaran, v. gr., á convencerse de que 12 granos de sulfato de quinina, 30 gotas de acetato de amoniaco, según su mayor ó menor pureza, en circunstancias críticas, en una fiebre tifoidea por ejemplo, van á ser el inexorable juez que sentencia á vida ó muerte á un individuo, á una familia entera, tal vez una multitud de personas susceptibles de recibir por contagio el pernicioso influjo de la misma fiebre; si tan indestructibles verdades tuvieran entrada en su conciencia, otra seria la suerte de los pueblos, otros serian los estragos causados por las epizootias y epidemias. -En fin: si los caciques y los pueblos alcanzaran á presumir lo desarquetados é ilógicos que andan cuando piden luces y consejos de salvacion al profesor veterinario después de reducirle á la impotencia científica, después de haberle quitado todos los medios de instruirse, después de haber matado su estímulo y llevándole á la indigencia; si, por otra parte, pudieran elevarse hasta la nocion exacta de toda la importancia social que tiene la Veterinaria, ya como ciencia médica, ya como ciencia de produccion, entonces no contribuirían voluntariamente á que esta desgraciada pátria, que todos amamos, llevara por más tiempo clavado en sus entrañas el puñal de la ignorancia, madre de todos los vicios, de todas las torpezas, de todos los males que á la sociedad aquejan.

Mas, el caso es que la ignorancia existe, y con ella todas sus derivaciones inmediatas: el egoismo bastardo, la absoluta falta de buena fé, la intencion perseverante é hipócrita de aprovechar cuantas ocasiones y medios sean conducentes á la satisfaccion de ese egoismo. El caso es que los profesores de ciencias médicas trabajan lo que pueden, casi siempre mucho más de lo que deben, y que los caciques y los pueblos acechan incansables hasta la menor oportunidad de esclavizar á los hombres y á las clases que son la más firme garantía de la salud

pública y privada, de la riqueza pecuaria y agrícola general y particular. Y como el mal es patente; y como que el Estado intenta descartarse de este género de administracion protectora de los altos intereses sociales; siquiera no sea más que en virtud del derecho de defensa, las clases médicas deben considerarse *legítimamente* autorizadas para volar en socorro de sus intereses propios y para rechazar las agresiones de su enemigo comun. Si los caciques y los pueblos se coligan para abaratar nuestro trabajo, y esto lo permite el Código penal, coliguemonos nosotros para encarecerlo. Esto será proceder á la inglesa; esto repugnará, ciertamente, á las almas templadas en el santo fuego del amor y de la ciencia; mas es fuerza decidirse: ó sucumbimos, ó nos hacemos respetar. Y ya no cabe vacilar en este asunto. Las clases médicas necesitan, de toda necesidad, unirse cordialmente y ofrecer una resistencia potente, colectiva, al abordaje de la autonomia caciquil y de los municipios: ayudarse las unas á las otras para la realizacion de justas aspiraciones; esforzarse todas en favor de cada una, cada una en favor de todas, y presentar campal batalla al agiotaje de ambiciones desmedidas; este nos parece ser el camino que debe seguirse. Contra el ataque, la defensa; y si necesario fuese, á egoismo, egoismo y medio! --Que nos asociemos, que nos protejamos, que nos honremos todos, los unos á los otros; tal conviene que sea el grito unánime de las profesiones consagradas al arte de curar en sus diversos ramos. ¿Habrá virtud bastante en las clases médicas para emprender esta marcha? Seremos bastante ilustrados para deponer la arrogancia y los resentimientos en obsequio del bienestar comun? O, por el contrario, surgirá en estos momentos solemnes la provocacion á una guerra intestina, fratricida, que nos degrade ante el público y erice de dificultades y miserias la senda de nuestro porvenir?....Grande, inmensa es la desconfianza que abrigamos hácia la posibilidad de un buen acuerdo! Pronto se verá!

L. F. G.

MISCELÁNEA.

Reválidas.—Varios profesores que son ya veterinarios de segunda clase con tres años de colegio, ó equiparados á ellos mediante examen por preceder de la albeiteria, nos preguntan si podrán ascender á la clase superior inmediata, esto es, á la de veterinarios de segunda con cuatro años de estudios, segun les habia sido prometido, y así se efectuó durante algun tiempo. Enterados nosotros del asunto, debemos contestarles:

1.º Que si en alguna época se ha negado por alguien la posibilidad de ese ascenso, no puede menos de haber sido abusivamente ó interpretando mal el reglamento de 1854.

2.º Que cuantos profesores se encuentran incluidos en la categoría expresada de *veterinarios con tres años de colegio* (ó equiparados á los mismos) tienen un derecho innegable á ascender á la categoría de *veterinarios de segunda clase con cuatro años de estudios*; á cuyo efecto han de ser previamente aprobados en un examen que verse sobre las asignaturas de *Epizootias y Policía sanitaria* (1), pagar 100 reales por derechos de este examen (que es una reválida), y además la cantidad que corresponde por canje de título etc., (unos 400 reales).—Realizado este ascenso, claro es que, en virtud de las disposiciones vigentes sobre libertad de enseñanza, dichos profesores pueden optar á la reválida de veterinarios de primera clase pagando la matrícula correspondiente al quinto año de la carrera, sufriendo un nuevo examen que comprenda las asignaturas de Física, Química, Historia natural, Agricultura y Zootecnia, y haciendo, en fin, los ejercicios de esta otra reválida con el pago de todos los derechos marcados en el reglamento de 1857.

A los albeítas.—Aconsejamos á estos profesores que no intenten llevar á cabo ningún ascenso de categoría hasta ver lo que el señor

Ministro de Fomento resuelve acerca de nuestra carrera. Hoy por hoy, las escuelas no se hallan autorizadas para prescindir ni aun del examen de ingreso en favor de los albeítas. Pero es injusto y absurdo sujetar al profesor de albeiteria á las mismas condiciones que la ley impone á los que pretenden matricularse en primer año; y puesto que tampoco se les ha ofrecido garantía formal de ningún género en compensación de los sacrificios y gastos que necesitarían hacer, infiérese que hasta sería en ellos una bobada darse malos ratos y soltar ni un solo maravedí por tal concepto.—Hablando así contestamos á una multitud de consultas que se nos ha dirigido.

Intruso castigado.—Ecequiel Garcia, nobilísimamente instalado en *La Gineja* (Albacete), de cuya intrusión *crónica* dimos ya cuenta antes de ahora, proseguía ejerciendo su habilidosa industria á pesar de las medidas que para reprimir el escándalo fueron adoptadas.—Mas, por consejo nuestro, el profesor D. Antonio Vila no le perdió de vista en sus fazañas; le cogió en actos pecadores; hizo testigos; le demandó ante el Alcalde; este pronunció su fallo condenatorio; apeló el intruso al juzgado de Albacete; anduvo la Dios es Cristo; y por último, el señor Juez de primera instancia (á quien damos la gracias por nosotros y en nombre de la clase), confirmó la multa de cinco duros que habia impuesto el Alcalde, y por añadidura ha condenado Ecequiel Garcia en todas las costas. Cuando se defiende una causa justa, es seguro el triunfo si la paciencia y el valor no faltan. De este modo es cómo el Sr. Vila ha llegado á matar una intrusión que databa de doce ó catorce años.

Más atropellos.—D. Antonio Luengo y Perez, inspector de carnes que estaba siendo en Trujillo (Caceres), ha sido destituido de su cargo, por acuerdo del Ayuntamiento; nombrándose para reemplazarle al veterinario de segunda clase D. Felipe Fernandez.—Es verdad que en el reglamento vigente sobre inspecciones de carnes se marca la escala profesional de preferencia que debe ser observada, y que, de consi-

(1) Libros de texto, los de *Patología general y especial veterinaria* por D. Ramon Llorente y Lázaro.

guiente, un veterinario de segun la clase no puede ser inspector donde haya veterinario de primera; pero no es menos cierto que el señor Luengo, profesor destituido, habia cometido un delito de lesa monarquía: en las elecciones habia votado en favor de los republicanos. Pues, hombre, no faltaba más...!—Recurra V. al Gobernador Sr. Luengo; y si el respeto á ley ha de ser una *utopia* (¡estas sí que son utopias!), que lo digan clarito.

El oficio.—Hace pocos días un señor Diputado ha presentado en el Congreso una exposicion que cierto vecino del pueblo de Tornavacas (Cáceres) dirige á las Cortes Soberanas; y en este documento se pide que los oficios de veterinario y de herrador sean considerados como dos profesiones distintas, cada una de las cuales exigirá sus respectivos exámenes etc.—Mátese V. estudiando 5 años (sumamente recargados de ciencia) en una Escuela; agregue V. á esos 5 otros 2 años de asignaturas de Instituto, que es lo que á muchos profesores nos ha sucedido; consuma V. su vida entera desojándole en la lectura de obras científicas escogidas, porque nuestra carrera no tiene límites, es vastísima como ella sola; y después de tantos y tantos afanes, oiga V. con sangre fría cómo le califican en una exposicion presentada á las Cortes!... No es que deseemos constituir familia separada de los hombres de oficio, pues á nuestros ojos un hombre de oficio honrado vale tanto, acaso más, que todos los zanganos de la vagancia aristocrática; lo que nos duele es ver á nuestra patria tan ilustrada como no puede inferirse del hecho referido. Si en el Congreso se hubiera leído una solicitud aludiendo al *oficio de cura*, v. gr., de seguro se tapan los oídos al escuchar tal herejía! Yá se ve.... Pues á penas es corta la distancia que media entre la Teología (ciencia de las ciencias) y la Veterinaria (oficio de los oficios)!... Y, sin embargo, aquí era necesario recordar aquello del Galileo: «E pure si muove»!

¿Qué pasa en Leon?—Obra en nuestro poder un escrito en que su autor, D. Antonio Iglesias, se queja amargamente de cierta espe-

cie de monopolio ejercido por varios profesores de aquella Escuela, no sólo respecto á cargos y comisiones de carácter profesional civil, sino también relativamente al desempeño.... hasta del herrado.—Hoy no decimos más esperando á que se aclaren los hechos, que deseamos sean juzgados con calma y con la sinceridad y respeto que recíprocamente nos debemos todos.

L. F. G.

VARIEDADES,

METEOROLOGIA.

Estudios meteorológicos hechos en globo aerostático.—Noticia de Mr. Flammarion.

(Comptes rendus, 25 Mayo de 1868 y siguientes.)

(Continuacion.)

Observaciones acerca del descenso de la temperatura segun la altura.

El descenso de la temperatura del aire, que desempeña tan gran papel en la formacion de las nubes y en los elementos de la meteorología, está lejos de seguir una ley regular y constante. Varía segun las horas, las estaciones, el estado del cielo, el origen de los vientos, el estado del vapor de agua, etc. Sólo por medio de un gran número de observaciones se llegará á establecer una regla determinada teniendo en cuenta la accion de varias causas secundarias que obran sin cesar, y que deben primero conocerse y eliminarse.

Resulta de las 550 observaciones aerostáticas hechas en medio de condiciones tan desiguales, y peores, sin embargo, que las condiciones de las observaciones hechas sobre las montañas, que el descenso de la temperatura del aire se diferencia primero segun que el cielo está puro ó cubierto, es más rápido cuando el cielo está puro, y más lento cuando se halla cubierto.

En un cielo puro el descenso medio de la temperatura se ha hallado que era de 4° á contar desde la superficie del suelo; de 7 grados para los 1,000 primeros metros; de 10° 5 por 1,500 metros; de 13 grados por 2,000 metros; de 15 por 2,500 metros; de 17 por 3,000 metros; de 19 grados por 3,500. Término medio, un grado por 189 metros.

En un cielo nuboso, el descenso de la temperatura se ha hallado de 3 grados por los 500 primeros metros, de 6 por 1,000 metros; de 9 grados por 1,500 metros; de 11,5 por 2,000; de 14 por 2,500; de 16 por 3,000 metros; de 18 por 3,500. Término medio, un grado por 194 metros.

La temperatura de las nubes es superior á la del aire situado encima y debajo; el descenso es más bajo en las regiones inmediatas á la superficie del suelo, y se aumenta á medida que se eleva. Es también más rápido por la tarde que por la mañana, y en los días calientes más que en los fríos.

A veces se encuentran en la atmósfera regiones más calientes ó más frías que el término medio de altitud, y que atraviesan la atmósfera como ríos aéreos. Estas variaciones no impiden á la ley general enunciada antes ser expresión de la realidad.

Como se ha visto en el párrafo segundo, la diferencia entre las indicaciones del termómetro de la sombra y las del termómetro al sol aumenta á medida que vá elevándose en las alturas de la atmósfera.

La multitud de formas que afectan las nubes, y que han tratado de clasificar los meteorologistas bajo ocho denominaciones distintas, me parece que puede dar origen á cada momento á errores del observador, pues generalmente no hay conformidad sobre la verdadera significación de cada palabra, y además esta significación precisa no ha podido determinarse. Por esta razón me limitaré á emplear las dos denominaciones más sencillas y más especialmente características. Llamaré *cumulo-estratus* á las nubes que generalmente cubren la superficie del suelo, semejantes á enormes masas de vapor gris, á balas de algodón, cuando se mira el cenit, y que parece que se tocan en virtud de la perspectiva cuando la mirada se aproxima al horizonte. Llamaré *cirrus* á las pequeñas nubes blancas que aparecen en las alturas del aire, ligeras, teñidas de color por la tarde, á veces en forma de copos, y se ciernen generalmente en forma de filamentos delgados. Prescindiré de los *estratus* que no se forman durante el día, y parecen no ser más que una apariencia debida á la perspectiva, y los *nimbos*, que no presentan más que el aspecto de nube en el momento en que se resuelven en lluvia. Por lo tanto no habrá más que dos grandes grupos especiales.

Los primeros los *cumulo-estratus*, se hallan situados á la distancia media de 1.000 á 1.500 metros de la tierra, aunque se observan á mayor y menor altura.

Los segundos, los *cirrus*, no son inferiores á cinco veces esta distancia media de los primeros.

Durante el día 30 de Junio de 1867 el tiempo estaba brumoso, y las nubes se extendían como una inmensa capa gris, formada de extensos *cumulo-estratus*. A las cinco de la tarde llegamos á la superficie inferior de esta capa, á la altura de 630 metros. La superior estaba á la de 810. De modo que estas nubes, que no dejaban penetrar al sol, no tenían 200 metros de espesor.

El máximo de humedad relativa se manifestó bajo la superficie inferior de las nubes. El higrómetro

tro, que allí marcaba 90°, marca 89 á 650 metros, 88 á 680, 87 á 720, 86 á 800, 85 á 840 sobre la superficie superior de las nubes, y después continuó disminuyendo.

(Se continuará.)

Sección de anuncios.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA REDACCION DE LA VETERINARIA ESPAÑOLA

Ensayo clínico, por D. Juan Tellez Vicens.—Precio 12 rs. en Madrid; 14 en provincias.

Genitología veterinaria ó nociones histórico fisiológicas sobre la propagación de los animales, por el profesor D. Juan José Bazquez Navarro.—Precio: 16 reales en Madrid; 18 rs. en Provincias.

Enfermedades de las fosas nasales, por D. Juan Morcillo y Olalla, profesor veterinario de primera clase y subdelegado de Veterinaria en Játiva.—Precio 24 reales en Madrid; 26 en provincias.

Tratado completo de las enfermedades particulares á los grandes rumiantes, por Lafore. Traducción anotada y adicionada por D. Gerónimo Darder.—Comprende la Patología y Terapéutica especiales del ganado vacuno, con interesantes detalles y consideraciones anatómico-fisiológicas sobre las regiones, aparatos y órganos que pueden ser afectos de alguna enfermedad.—Precio: 36 rs. en Madrid; 38 rs. en Provincias.

Enteralgología veterinaria, por los Sres. D. Silvestre y D. Juan José Bazquez Navarro. Constituye una cosmografía acerca del llamado cólico flatulento ó ventoso, y de su curación cierta por medio de punción intestinal.—Precio: 24 reales tomando la obra en Madrid, 28 remitida á provincias.

MADRID: 1869.

Imp. de L. Maroto, Cabestreros, 26.